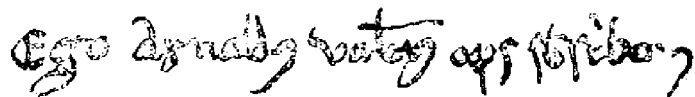


ra y en el plegado de los paños. El modelo parece tomado de las estatuas de obispos que adornan las fachadas de las iglesias (1).”



Firma autógrafa del obispo Arnaldo de Peralta.

Poco hemos de decir para nacer el juicio del gobierno del obispo Arnaldo. Su carácter enérgico, sincero y lleno de santo celo por la gloria de Dios y de su diócesis, está retratado en las palabras ya transcritas que dirigió al rey don Jaime con motivo de su proyecto de expulsión de los moros del reino. La Providencia había deparado a Valencia en aquellas circunstancias un prelado dignísimo en saber y firmeza de decisión en todos sus actos. Los hechos probaron que estuvo siempre acertado en sus resoluciones, y que con su conducta logró que la Iglesia valentina adquiriese la consistencia necesaria en medio del borrascoso tiempo con el que coincidió su pontificado. No tuvo que combatir con herejes, pero tuvo que luchar con la perfidia mahometana, con las inmoralidades de la época y con una sociedad embravecida todavía con los estruendos de la guerra. La consideración en que le tuvieron siempre el Papa y el Rey, es su mayor elogio. Murió en Zaragoza hacia el año 1269.

JOSÉ SANCHIS SIVERA.

II

LA BIBLIA DE SAN LUIS DE LA CATEDRAL DE TOLEDO

(Continuación.)

III

Los dos artículos anteriores fueron destinados, como tema de aprovechada actualidad, a la Prensa diaria. Al honrarme la Redacción de la Revista de nuestra Real Academia de la Historia

(1) La Torre, *La colección sigilográfica del Archivo catedral de Valencia*, en la revista “*Archivo de Arte Valenciano*”, año I, núm. 3, pág. 106.

“archivando” tan efímeras notas definitivamente en su prestigioso BOLETÍN, hubiera debido yo corresponder adecuadamente yendo a Toledo, avalizando el portentoso manuscrito, describiéndolo, etc.

Otras tareas inaplazables han hecho imposible el propósito, que habría de dejar y que deje aplazado. Pero, al prorrogarlo para mejor ocasión, todavía creo útil la nueva publicación de mis pobres avisos, que ya, con ser tan poca cosa, han dado ocasión a que bibliófilos de tan fino gusto como nuestro compañero el Duque de Alba, y como el electo académico de número de la Española señor Conde de las Navas, hayan alcanzado a ver los tomos y gozar con la contemplación de la Biblia de San Luis de la Catedral de Toledo.

Iba a tener la serie de mis artículos tan deficientemente improvisados (el primero estos meses, y el segundo hace años, aunque inédito su texto) una continuación con un artículo tercero para la debida rebusca de la historia del códice maravilloso.

Mas recordando yo las preocupaciones del señor Osma, recurrí, en el “Instituto de Valencia de Don Juan”, al cartapacio de papeles referentes a la Biblia y ocasionados por mi iniciativa. Y resulta que el llorado señor Osma, en este como en tantos otros casos, sobre conservar y hacer copiar a máquina (y traducido el texto, cuando fuera extranjero) toda la correspondencia erudita referente a una y a muchas rebuscas, redactaba a veces provisionales resúmenes del estado provisional de la investigación, utilísimos para el trance de haberla de proseguir y de ultimar en día más oportuno.

Y he creído, y conmigo otros ilustres académicos (y desde luego el Patronato del Instituto de su generosa fundación), que nuestra Revista debía publicar esta vez el “apuntamiento” (que, por cierto, se comunicó oportunamente en copia a máquina, para que lo conservara el cabildo de Toledo a la vera del manuscrito), resumen de trabajo, con ser relativamente negativo al éxito de la rebusca, que demostrará a los lectores cuán seriamente trabajaba don Guillermo Joaquín de Osma en cosas que nunca pensó publicar y cuán escrupuloso no era y ordenado en su disciplina de trabajo. ¡Que fué recatadamente gran hombre el señor Osma en todo!

Antes de su texto, todavía otro: el de una carta, contestación a la mía, de don Narciso de Esténaga, todavía hoy el deán de Toledo; mas ya el preconizado Obispo Prior de las Ordenes militares, el más joven de los prelados españoles, a quien, quebrantando su modestia, Su Santidad aparta de sus felicísimos trabajos, consagrados muchos años a la aún inédita Historia de la Catedral de Toledo.

De la publicación a que aludo (rectificando mis especies, retrasadas de fecha) diré al curioso lector que existe ejemplar en el mismo Madrid, en la Biblioteca del Real Palacio, de la que es director mi cariñoso amigo el ya mentado señor Conde de las Navas. De él haré mérito en un cuarto artículo.

Dice así el señor Esténaga:

“*La Biblia de San Luis*.—Desgraciadamente sigue sin averiguarse la causa cierta de su existencia en la Catedral, pues revisado minuciosamente el Archivo diplomático, no se ha encontrado el testamento del arzobispo don Juan de Aragón y Anjou; es más, que he consultado los índices antiguos y para nada se cita en ellos. De suerte que queda en pie la cuestión. Quizá algún día aparezca, cuando menos se busque. Tampoco está en Tarragona, adonde pasó desde Toledo el citado Arzobispo. No obstante, ciertamente se trata de la Biblia de Luis IX *el Santo* de Francia. El Conde Laborde ha sido encargado de hacer una reproducción del otro ejemplar, fiel y completa, hoja tras hoja. La publicación está completa, y en la Biblioteca conservamos un ejemplar de esta soberbia publicación, regalado por dicho Conde en reconocimiento de las facilidades que le dimos para el estudio de nuestra Biblia. Pues bien, en su prólogo demuestra que nuestro ejemplar es el de San Luis, y que el que ellos han reproducido era la copia del nuestro. Era ya tarde para corregir la equivocación y publicar el original, porque estaba ya la mayor parte de la copia divulgada a costa de enormes gastos. Allá da las razones con gran erudición, y esto por un francés. ¡Si será la cosa evidente! La nota de don Guillermo sigue teniendo su interés, pues hasta la hora presente no se ha dado un paso en la averiguación de la procedencia y su existencia en la Catedral de Toledo. Hoy hemos tenido aquí al señor Duque de Alba, que de paso para Ventosilla se ha deteni-

do a admirarla. Me parece poco el decir que la ha admirado, porque con ese sentimiento que tiene el señor Duque de la belleza artística, la contemplación de tan grande maravilla ha causado en él una especie de arrobo y enajenación de los sentidos a! separarlos de todo lo que le rodeaba y absorbiendo toda su atención, llevándole a aquel conjunto de preciosidades.”

IV

BIBLIA DE TOLEDO

Ante todo, nunca hay que desconocer la posibilidad de que la Biblia, escrita en los talleres del Rey de Francia, fuese más o menos directamente a parar a la Corona de Castilla o al Cabildo de Toledo. Hay que tener muy presente las alianzas matrimoniales de Castilla con Inglaterra y Francia, y de Aragón con Francia y Castilla, fuera aparte los parentescos y alianzas de la Casa de Anjou con Francia y Aragón, que luego habremos de recordar. El hecho es que hacia fines del siglo XIII vienen a ser primos, entre sí, casi todos los príncipes de las respectivas familias reinantes.

La determinación de época respecto del escudo de armas y del broche de la Biblia habría de variar según se supiera fijamente si es trabajo castellano, aragonés o francés. Es tan distinta, como sabemos, la forma del escudo de armas, en un mismo tiempo, según se mire, en Castilla o en Francia. De esa forma triangular del escudo se dan ejemplos en Francia desde fines del siglo XIII. La forma del capelo me parece muy antigua. Torro siempre ha dicho que el broche le parecía de comienzos del siglo XIV, y en verdad, es muy aleatorio el juicio que pretenda, respecto de tales objetos, señalar fecha con margen de quince o veinte años. Si del terciopelo se dedujera con alguna certeza que la Biblia en algún tiempo, v. gr., en el siglo XV, se reencuadernó, todavía habríase de estimar la posibilidad de que se conservasen los broches antiguos.

Ya que no hemos de encontrar documento en que taxativamente se nos diga la procedencia de la Biblia y el año en que vino a pertenecer al Cabildo toledano, anotaremos sucesivamente datos y noticias que pudieran relacionarse, por una parte, con San Luis, obispo de Tolosa, y por otra, con el infante y patriarca don Juan de Aragón, hijo del rey de Aragón don Jaime II, arzobispo de Toledo desde 1316 a 1328, y de Tarragona desde 1328 a 1334, año en que falleció, a los treinta y tres de su edad.

Erase aquel Obispo de Tolosa hijo segundo de Carlos de Anjou (II de Sicilia), y nieto, por tanto, de Carlos (I de Sicilia), conde de Anjou, hermano de San Luis, rey de Francia.

Antes que el Papa le proclamase rey de Sicilia con el título de Carlos II, había sido Carlos príncipe de Salerno, prisionero de los aragoneses; y en Aragón había sido recluso en los años 1284 a 1288, en que se celebraron capitulaciones en Canfranc, quedando en libertad don Carlos de Salerno, mas dejando en rehenes con el Rey de Aragón a sus dos hijos Luis y Roberto.

El futuro Obispo de Tolosa y Santo residió, pues, en Aragón desde aquel año 1288 hasta 1295, en que quedaron en libertad los rehenes al hacerse la paz de Anagní. En este año 1295 tenía Luis de Sicilia, nacido en 1274, veintiún años de edad. En este mismo año 1295 renunció al mundo y a los derechos que le correspondían (a la sazón su hermano mayor, Charles Martel, era ya rey de Hungría). La primera tonsura la recibió con gran pompa y ceremonial, asistiendo al acto los dos reyes: su padre, don Carlos de Anjou, rey de Sicilia, y el rey de Aragón Jaime II, que ya era su cuñado, pues se casó en octubre de dicho año 1295 con Blanca de Anjou, hermana de don Luis. La bula confiriéndole a éste el Obispado de Toulouse parece ser del año 1296. Gams le da por electo en diciembre de dicho año. Rigió por pocos meses aquella Sede, pues falleció el 19 de agosto de 1297, a los veintitrés años de edad. Fué canonizado veinte años después, en 1317.

Las armas que aparecen sobre el broche de la Biblia pueden muy bien suponerse del Obispo de Tolosa. Es notorio que en aquel tiempo el Blasón conservaba en mucha parte el carácter de divisa personal. No se heredaba aún con sujeción a las reglas

heráldicas, que en España, hasta muchísimo más tarde, no alcanzaron efectividad. Lo que más bien significó en España, en los siglos XIV y XV, fué la jurisdicción en el señorío. Pero más que nada es notorio que en los días de don Luis de Sicilia sólo al hijo primogénito del Rey le correspondían, como de derecho, las armas reales; y expresamente se solieron diferenciar las que llevaron otros príncipes de estirpe real, señalándose o adoptando ellos combinaciones varias en que figuran las divisas de su linaje. No había de llevar el obispo de Toulouse don Luis de Sicilia, las armas de su padre, conde de Anjou y rey de Sicilia; y menos es de suponer que las quisiera llevar cuando hacía renuncia de todos los derechos, que por su linaje le correspondieren, para retirarse del mundo. Si se creyó en el caso, como prelado, de usar divisa heráldica, ningún emblema se le había de ocurrir más naturalmente que el de la cruz. El *chevron* que en el escudo del broche se ve, es frecuente en heráldica francesa, y nunca tanto en la de Aragón. Las lises de la bordura son las propias del linaje del Obispo, y en el conjunto del escudo, aunque sea detalle trival, advertimos que los colores de la cruz y del *chevron* y de su campo son los mismos, invertidos, de las lises de oro en su fondo azul.

Ya se ha advertido que la forma del capelo es muy antigua; recuerda muchísimo a la que aquí tengo a mano en el azulejo de las armas del arcediano de Córdoba Ruy Fernández, que otorgó testamento en 1293.

Respecto del cordón caben juicios, según se entienda que lo que se representa son los cordones del capelo, con nudo y borla, o se entienda que el cordón del sombrero se quiso representar en perspectiva, independientemente del cordón, que en este caso semejaría al de San Francisco.

Duda previa cabría acerca de si el grabador interpretó fielmente el dibujo o las instrucciones que se le dieran. El cruce de los cordones del capelo no creo que fuese costumbre en la representación heráldica, y no lo demandaba la comodidad del grabador (antes por el contrario) en el caso presente. En cambio, dicen los tratados de Heráldica que los obispos que salían de alguna congregación colegio u Orden de Religión ponían la *insignia de su Orden entre el sombrero y el escudo*.

San Luis, obispo de Toulouse, era de la Orden de los *Fratres menores*, de San Francisco.

Las divisas y emblemas, pues, del capelo (¿cordón de San Francisco?) y Cruz sobrepuesta o lises de oro en campo azul, convendrían al obispo San Luis. Y es de advertir, en su caso, que cuando él no las hubiese adoptado, con ocasión de la dignidad episcopal que por tan poco tiempo disfrutó, pudieron asimismo figurarse en cualquier tiempo en que se quisiere recordarle a él, v. gr., en los broches de una encuadernación.

San Luis otorgó testamento, el mismo día en que murió en Brignoles, en Provenza. Dispone no más que de las cosas que en su estado de religioso podía poseer. Sus hábitos los lega a sus hermanos en religión; sus libros, a sus familiares; sus anillos, a sus padres.

Entre los libros se enumeran tres Biblias; una *Bibliam in uno volumine quam dominus rex, dominus et genitor meus dedit mihi*, que se lega a su compañero y familiar fray Guillermo de Corneliano.

Otra *Biblia queam dedit mihi Conventus Tolosae*, la lega al familiar Berenguer de Bosca.

Item lega a fray Petrus Cocardus, asimismo su familiar, *Bibliam et Flores Sanctorum pulchrioris qui fuerunt prodecessoris mei*.

Los demás libros se legan a partir entre fray Petrus Scarrelius y Francisco de Brun, compañeros de Orden y familiares.

¿Cabe pensar que la Biblia que regalara a nuestro San Luis su padre, propio sobrino de San Luis, rey de Francia; o la que regalara la diócesis (Conventus) de Toulouse a su nuevo Obispo, hijo de Rey, que a la vez era Conde de aquella Provenza; o la otra Biblia "hermosa", que había pertenecido a su predecesor en la sede, fuera nuestra Biblia moralizada?

Lo que aparece es que en la generación inmediata, antes de 1331 ó por entonces, el infante de Aragón, don Juan, patriarca de Alejandría y administrador de la Sede de Tarragona, a la sazón, poseía una Biblia *que antes había sido de su tío San Luis, obispo de Toulouse*. Así lo dice autor de tanto reposo y autoridad como Villanueva. (*Viaje literario*, XX, pág. 161.)

Es cierto que la cita de Villanueva hay que analizarla, y que

cabe que en lo que él escribe padeciera alguna confusión; pero puede que ella también nos valga de indicio.

Realizaba el padre dominico fray Jaime Villanueva, en los primeros años del siglo XIX, su célebre viaje a Iglesias de Cataluña, con objeto de recoger datos y documentos para una historia de los Ritos antiguos de la Iglesia española, que de orden del Rey escribía su hermano don Joaquín Lorenzo Villanueva. Habla del Archivo de la Cartuja de Scala Dei y de los beneficios que en esta Casa hizo el patriarca alejandrino don Juan de Aragón, arzobispo de Toledo y después de Tarragona; y al decir que aumentó el número de los monjes, aumentó el claustro primitivo, etc., “con todas las circunstancias y expresiones que verás en la copia de un codicilo que hizo en la Villa de Alforja, a 2 de septiembre de 1333, *el cual he copiado*” (1), añade Villanueva: “Legó en él al mismo Monasterio su *Biblia glosada, que fué de su tío San Luis, obispo de Tolosa*. Son once volúmenes, fol. vit., escritos de aquel tiempo y están bien conservados en la celda prioral.”

Más adelante copia una inscripción que en el claustro del Monasterio recuerda cómo se edificó por mandas del patriarca don Juan de Aragón, y en dicha inscripción (varias de cuyas frases están evidentemente tomadas del texto de aquel codicilo que en el Archivo del propio Monasterio se conserva) se confirma que el Patriarca legó “...eisdem monachis etiam pro studio sacra theologia al ipsis utilius impendendo *Bibliam suam pulcram glossatam, undecim volumina habentem (interdicta tamen penitus ipsius Biblia aliena tione)*...”

Tenemos, pues, por positivo e indubitado: que el patriarca don Juan de Aragón legó a Scala Dei, en 1333, una Biblia suya, glosada, en once tomos, que en la inscripción del claustro se añade, por más señas, que era “hermosa”; y que debía ser, sin duda alguna, la que, bien conservada, viera Villanueva hacia el año 1806 en la celda prioral de dicha Cartuja; pero dicha Biblia glosada (fuera o no la misma que todavía en otra Biblioteca se

(1) El texto de dicho codicilo se imprime (Apéndice núm. 1) al final del tomo.

conserva y describe el señor Janer) (2) *no era*, al parecer, la Biblia moralizada, de Toledo.

Lo que hay es que el documento original, el codicilo de 1333 a que se refiere expresamente Villanueva y que se conserva en el Archivo de Scala Dei, *no dice* que aquella Biblia glosada, *en once volúmenes*, hubiera pertenecido al Santo Obispo de Toulouse, tío del Patriarca. Eso lo dice Villanueva.

Por de contado, no lo inventó.

¿De dónde le vino tal noticia? ¿Pudiera ser tradición, que en la propia Cartuja recogiera Villanueva, a la vez que admirase la conservación de aquellos once tomos? Trátase de autor como hay muchos, y esto habría de estimarse lo más verosímil. No así tratándose de Villanueva. Paréceme que no hubiera omitido la mención de descansar esa noticia sobre mera tradición y no hallarse en el texto mismo del codicilo, al que se refiere directamente; y me queda, por tanto, y en definitiva, la sospecha de que pudo él haber venido de algún otro modo en conocimiento de que el patriarca don Juan de Aragón *tenía una Biblia que había sido de su tío el Santo Obispo*; y que relacionara ese antecedente con el hecho de que el Patriarca legara una Biblia suya a Scala Dei; como no confundiera ese legado con algún otro que en distinto documento se mencionase. En el Archivo de la Cartuja de Scala Dei se conservaba el codicilo que copió Villanueva; mas es el caso que el propio encabezamiento del documento reza que es *el codicilo segundo* que otorga el Patriarca alejandrino; y comienza el documento declarando que él otorgó testamento en las *idus* de marzo del año 1330 y luego, un codicilo en *pridie kalendas* de diciembre de 1331, y que ambos documentos están en poder del propio Notario que autoriza el codicilo segundo: y era Pedro Tost, *scriptor* del Patriarca y nombrado por éste Notario público en la ciudad, diócesis y provincia de Tarragona.

No han llegado hasta nosotros los textos de dicho testamento y codicilo primero; y cuando no ha podido hallarlos el señor

(1) *El Patriarca don Juan de Aragón; su vida y sus obras*, por Ignacio de Janer: Discurso leído en la sesión pública inaugural de curso celebrada por la Sociedad Arqueológica de Tarragona el día 9 de enero de 1904. Tarragona, 1904. Apéndice III.

Janer, autor de la admirable monografía *El patriarca don Juan de Aragón*, es bien seguro que no hemos de dar ahora con ellos; pero pudo muy bien haberlos visto Villanueva antes de que la invasión francesa interrumpiera su viaje literario. ¿No sería en aquel testamento o en aquel primer Codicilo donde había leído Villanueva mención de *Biblia que había pertenecido al Santo Obispo de Toulouse?*

¿Y no puede haberse originado alguna confusión entre dos Biblias legadas por aquel Patriarca?

Será más fácil admitirlo si se atiende la circunstancia de que Villanueva escribía su viaje en forma de cartas dirigidas a su hermano, con característico escrúpulo de minuciosidad en sus referencias. Mas luego se interrumpió la obra por espacio de varios años; se reanudó la publicación en el año 1821, suspendiéndose nuevamente cuando en 1823 hubo de emigrar el autor, muriendo él en Londres, en 1824. Los borradores del resto de la obra habían quedado en poder de persona que le había acompañado para reconocer los archivos de las iglesias visitadas, pero hasta mucho más tarde no se pusieron en limpio y coordinaron los tomos inéditos, desde el XI en adelante, publicados por la Academia de la Historia en los años 1850 y 51.

Entre los apéndices del tomo XX del viaje a Tarragona no tendría lugar apropiado, v. gr., el texto del codicilo primero, en que pudieran consignarse legados o disposiciones que se relacionasen con la *Sede de Toledo*, que de 1316 a 1328 había ocupado don Juan de Aragón.

Nunca sería extraño que poseyera don Juan de Aragón y tuviera en especial estima un libro que hubiera sido de San Luis. No pudo conocer él personalmente a su tío, habiendo nacido en 1301, a los cuatro años de fallecer el Obispo de Toulouse; mas costa que le tuvo muy especial devoción, y era natural. Don Juan, infante de Aragón, había sido arzobispo de Toledo a los quince o diez y siete años de su edad. Pocos meses después fué canonizado San Luis; y no era caso vulgar, aun en aquellos tiempos, el de ser un Arzobispo sobrino carnal de un Santo. Consta que entre escritos de don Juan de Aragón, cuyos originales forman parte de un códice de la Biblioteca del Rey de Francia procedente de la iglesia de San Marcial

de Limoges y hoy conservado en la Biblioteca de París bajo el número 2.134 (1), está el texto o apuntamiento para sermón que había de pronunciarse en la fiesta de San Luis Pontífice; y en el monumento que el pueblo de Tarragona levantó a su Prelado colocó, entre las estatuas-imágenes de los santos predilectos del Infante, la de San Luis, rey de Francia, ostentando diadema real, y *la de San Luis, obispo de Toulouse*, revestida de hábitos pontificales (Janer, ob. cit., pág. 44).

Por otra parte, y aun por último, es segurísimo que don Juan de Aragón, que tanto se acordó de la Iglesia de Tarragona, de que era administrador, y de la Cartuja de Scala Dei, no había de olvidar la Iglesia de Toledo, que había regido con extraordinario celo y cariño durante los mejores años de su vida, y con cuyo Cabildo había quedado en tan íntima y especial relación, como se deduce del curiosísimo documento publicado por el señor Janer (1), en que otorga el patriarca don Juan, en el año 1332 (ó 1333), en Tarragona, el reconocimiento de haberse quedado él, con el beneplácito del Cabildo de Toledo, con dos de las joyas y ornamentos de las capillas de dicha Catedral, a saber: dos astillas del *lignum crucis*, que había mandado colocar en su pectoral de oro, y una hermosa mitra con muchas piedras preciosas y perlas; habiendo él, de acuerdo con aquel Cabildo, conservado estos objetos hasta que pudiera proveerse de otras alhajas similares.

¿No había de legarle a aquella Iglesia el libro que él más estimaba? ¿Y cabe que algún libro fuera para él de mayor estima que Biblia como la que conocemos, y máxime si perteneció al Santo de su especial devoción, su tío, el Obispo de Toulouse?

De conjetura en conjetura, en suma, puede seguirse este hilo tenue, como sin duda lo fué el de Ariadna, pasando sucesivamente por las circunstancias o coincidencias: 1.º, de haber salido la Biblia moralizada de Toledo del "Atelier royal", del rey de Francia, de cuyo hermano fué nieto el Obispo de Toulouse; 2.º, de figurar en las armas del broche de dicha Bi-

(1) Según nos dice el señor Janer: O. c. *El Patriarca don Juan de Aragón*, pág. 62.

(2) Bibl. Nac., Ms., núm. 13023, fol. 49, Col. del padre Burriel.

blia divisas y atributos que serían propios de dicho Obispo; 3.º, de haber casado su hermana con el Rey de Aragón, en cuyos dominios había residido y en cuya presencia recibió la primera tonsura, al renunciar al mundo para ocupar la sede tolosana; 4.º, de haberle profesado especial devoción su sobrino carnal, hijo de aquel Rey de Aragón, que a su vez fué Arzobispo de Toledo y de Tarragona; 5.º, haber poseído este prelado, arzobispo Juan IV, que fué de Toledo, una Biblia *que antes había sido de su tío el Santo Obispo de Toulouse*, según el testimonio verídico de Villanueva, aun cuando tal Biblia precisamente no fuera la que el patriarca don Juan legara a Scala Dei, y 6.º, la seguridad, por último, de que dicho Patriarca, ex Arzobispo de Toledo, nunca dejaría, o por donativo en vida, o por legado en el testamento y primer codicilo que otorgó, pero cuyo texto no conocemos, de enriquecer a aquella Iglesia, con cuyo Cabildo vivió en especial relación de consideración y afecto.

24 diciembre 13

Hasta aquí el escrito del Sr. Osma.

ELÍAS TORRES.

(*Concluirá.*)

III

VIAJE DE UN MONJE GERONIMO AL VIRREINATO DEL PERU EN EL SIGLO XVII

TEXTO

[I]

(f.º 1) 1624. ✱ F[ray] P[edro]º del P[uer]ºto.

A los muy Reverendos p.^{re} Prior y conv.^{to} de la sancta cassa de nuestra s.^a de Guadalupe, fr. Pedro del Puerto Proff.^o del Conv.^{to} de sanct. hier.^{mo} de Sevilla—Salud.

[A]

Dos Relaciones, muy reverendos padres, tengo hechas de mi viaje a Tierra firme, Indias Occidentales y Perú, la vna a instancia de algunos religiosos que an tenido gusto de saber los innumerables trabajos que e passado por mar y por tierra en diez años, pocos meses mas, que navegué y camine por aquellas partes. La otra